

De sueños y monstruos

Cómo no lo vi antes. Cómo no me di cuenta. Los signos eran claros. Las señales estaban ahí mismo, ante mis ojos, señalándome el camino, desvelándome la terrible verdad. Cuánto se ha perdido por mi ceguera. Cuántos habrán perecido por mi necesidad. Qué espectros me atormentaran el resto de mis días por no haber sido capaz de salvarles de su cruel destino. No es, sin embargo, tiempo de lamentaciones ni reproches. Cuando todo termine llegará el turno del arrepentimiento y la expiación, o tal vez para entonces ya nada importe. Pero ahora, si no quiero que su número aumente, debo actuar lo antes posible. No puedo permitirme un retraso más. No puedo flaquear, ni dudar en estos momentos adversos. La decisión está tomada, y aunque hasta ahora me haya negado a admitir la evidencia, no puedo seguir escondiéndome. Debo aceptar mi destino, y cumplir mi sagrada tarea. Sin esperar ningún auxilio. Sólo, en lucha abierta contra Él. Pero el Señor me dará fuerzas. En su Gracia debo encomendarme. El tiempo del miedo y las vacilaciones ha pasado. Aniquilaré a esa aberración de una vez por todas. Con la ayuda de Dios, Nuestro Padre.

Cuando duerme parece tan inocente, tan indefenso. Su cara pierde toda tensión, y el rictus de su boca que tanto le afea se relaja, dándole una apariencia cándida. Sus músculos, siempre tan crispados por su dolencia, se aflojan por fin, y su respiración se tranquiliza. Entonces regresan a mi mente imágenes casi olvidadas de cuando era más pequeño, apenas un bebe, y me invade una gran ternura. En el fondo sé que sólo me tiene a mí, y que si yo faltara estaría perdido. Nadie se ocuparía de él, nadie lo protegería ni le atendería como necesita. Nadie le daría el cariño que sólo una madre le puede dar. Nadie le curaría las heridas que se produce al cerrar los puños con tanta fuerza, ni las llagas que le salen de pasar tanto tiempo inmóvil. Nadie se preocuparía de peinarle ni arreglarle, ni de que fuera correctamente vestido. Nadie le llevaría de paseo a los lugares que le gustan, ni le

prepararía la fruta como le apetece. Quién iba a soportar su cháchara incesante, su parloteo difuso y sin sentido. Quién le daría aunque sólo fuera un tierno beso que calmase su sueño lleno de pesadillas. No hay piedad en este mundo para los que son como él. Sólo me tiene a mí. Y, a veces, pienso que, en realidad, yo también sólo le tengo a él. Después de tantos años, no me queda nadie más. Ni siquiera aquel cobarde que firma los cheques con los que subsistimos malamente mes tras mes. Amigos y familiares han ido desapareciendo poco a poco, amparándose hipócritas en banales excusas para que sus conciencias no se vieran perturbadas. Mejor, porque así no he de soportar sus miradas de lastima, ni sus gestos de compasión beatona. Qué sabrán ellos del amor y del sacrificio. Qué sabrán ellos de la devoción sin límites de una madre, de la abnegada entrega que supone cuidar a un hijo, el fruto de tus propias entrañas. Aceptándole tal como es. Sin juzgarle. Aunque sea diferente. Aunque sea como él. No lo saben. Probablemente ni siquiera les importa. Prefieren mirar para otro lado. Cuchichear a nuestras espaldas cuando nos cruzamos por la calle o coincidimos en misa. En el fondo sé que suspiran aliviados y agradecidos de no haber sido ellos los maldecidos por la desgracia, y que se deleitan imaginando morbosamente cómo puede ser nuestra existencia diaria. Puede que se atrevan incluso a pensar que algo de culpa tendremos en nuestra desdicha. Chismosos y mezquinos. Miserables. Mejor lejos de ellos. Mejor solos.

Siempre he sabido que el mundo es un lugar hostil y difícil, lleno de trampas y peligros. Y lo peor es la gente que lo habita. Hombres y mujeres de oscuros sentimientos y peores ideas, ocultando tras sus cínicas sonrisas sus perversas intenciones. Siempre he sabido leer en sus ojos lo que sus rostros ocultan, lo que sus bocas no dicen. He aprendido a ver su interior lleno de odio, de cobardía, de egoísmo y vicio. Sé distinguir el pecado que pudre sus entrañas.

Por eso he preferido mantenerme alejado de ellos, viviendo a mi manera, centrado en mis pensamientos y en mis rutinas. He creado un muro a mi alrededor dejando al resto de la humanidad

fuera, salvo en lo más imprescindible. Sin embargo no puedo por menos admitir que también existe en él el afecto, la ternura, la dulzura de una caricia. He tenido la inmensa fortuna de poder disfrutar de ellos. Por eso no puedo permitir que el monstruo que he descubierto vague libre por la tierra, destruyendo lo poco de digno y hermoso que hay en ella. Debo por tanto salir de mi encierro, de mi cómodo destierro voluntario y enfrentarme a él. Debo impedir que cometa más atrocidades.

Recuerdo como lo descubrí, mientras observaba por la ventana de mi habitación las calles repletas de gente. Paso horas así, ahí quieto, mirándoles. Me entretiene verlos pulular como un rebaño, tropezando unos con otros en sus viles afanes. Y allí estaba Él, disimulado entre la multitud, como si fuera uno más. Sin que las personas que lo rodeaban fueran capaces de reconocer su mirada de serpiente, su actitud de depredador en busca de nuevas capturas. He de admitir que su disfraz era audaz e incluso brillante para alguien con menos sensibilidad e intuición que la mía. De hecho, me resultaba familiar, lo que demuestra sin duda que no era la primera vez que me cruzaba con Él. Probablemente puede que hasta entonces yo haya sido objeto de su vil engaño tanto como los demás. Por un momento llegó a girar su rostro hacia el lugar desde donde le vigilaba, y puede notar sus perversos ojos de bestia clavados en mí, atravesándome. Experimenté con toda su intensidad el peso de la maldad que escondía su interior, y no pude por menos que asustarme y retirarme inquieto de su campo de visión. Sentí como un escalofrío me recorría de pies a cabeza. Cuando recuperé la calma y me atreví de nuevo a asomarme, comprobé con horror que se movía en dirección a mi casa. Temí que hubiera descubierto que su páfida identidad había sido desenmascarada y que se acercara con intención de eliminar a tan inoportuno e insospechado testigo, pero luego comprendí que simplemente estaba siguiendo a una nueva y desventurada presa hasta mi propio portal. Supe entonces que Dios me había dado la clarividencia suficiente para identificarlo con un motivo, con una misión. Aquel ser inmundo iba a cometer su siguiente crimen en mi propio edificio, en mi entorno más cercano, y yo era el único que lo podía evitar. Y para ello necesitaba Fe, y mucho valor. Pero ese es el destino de los elegidos. De los mártires. Inmolarse por el bien de los demás.

Por la bendita voluntad de nuestro Señor. Esta noche el Maligno va en busca de sangre inocente, y yo soy el escogido para impedirselo. La última esperanza de los Justos.

Entorno la puerta con cuidado para no despertarle. No quiero cerrarla. Así podré oírle si me llama. Hace calor esta noche. He dejado las ventanas abiertas para que entre algo de aire. Aun así, no puedo conciliar el sueño. Estoy inquieta, tengo malos presagios. Hay algo extraño en el ambiente. Algo siniestro. Deben ser aprensiones mías. Me dirijo a la cocina a prepararme algo caliente que me reconforte. Esta mañana he salido a comprar un poco de comida, pero este mes he tenido que pagar la reparación de la caldera, y apenas he podido traer lo más básico. Tendré que tragarme mi orgullo y llamarle para pedirle que nos pase algo más de dinero. Cada día todo está más caro, y apenas podemos con los gastos. Es lo que peor llevo. Peor que cuando a mi pequeño le dan ataques, o la soledad de no poder hablar casi con nadie. Peor que este maldito lumbago que me está matando. Los años no pasan en balde. Y esta casa, tan húmeda y tan sombría. Tan vieja y destartalada. Como yo. Ya no soy la que era antes. Pero no pensemos en cosas tristes. No quiero deprimirme y que me entre la angustia y las ganas de llorar. Entonces sí que no seré capaz de pegar un ojo, y mañana por la mañana tenemos que ir al ambulatorio, a buscar recetas. Tanta medicación, y parece que no hace nada. Luego, cuando les preguntas a los doctores, todo son excusas y titubeos. Y otros dos meses para que te den cita de nuevo. Lastima de pobreza. Siempre dependiendo de todos y de todo. Resignación, me repite el padre Damián. Tanto rezar, tanto confiar en Dios, y al final sólo te queda eso: la resignación. Asco de vida.

¿Qué ruido es ese? Suena como si hubiera alguien en la entrada. Seguramente será un gato que se habrá colado, pero será mejor que mire. No sé, me está entrando miedo. Me asomo levemente a la puerta y entonces le veo. Esta ahí, plantado en mitad del pasillo, en la oscuridad, una silueta negra recortándose en las tinieblas. Parece enorme. Escucho su respiración entrecortada y

burbujeante. Buscó a tientas el interruptor de la luz, en una última esperanza de que se desvanezca con la claridad como si fuera un fantasma, pero cuando por fin la lámpara se enciende comprendo que estoy perdida. Sus ojos son los de un loco. Y cuando percibo la forma en que sonrío y como la saliva le resbala por las comisuras de los labios, sé que sólo me queda retrasar lo inevitable escapando hacia el fondo de la casa. Quizás si logro refugiarme en el cuarto de baño y encerrarme, alguien escuche los gritos y acuda en mi ayuda antes de que consiga derribar la puerta. O tal vez se limiten a poner más alto el volumen del televisor. Por ahora, mi garganta seca apenas es capaz de emitir un lánguido gemido antes de empezar a correr.

Acabo de pillarle escabulléndose por ahí. Es mi oportunidad. Sé que si no actúo de inmediato alguien lo pagará. Le sigo con sigilo y enseguida me topo con Él. Está de espaldas a mí, probablemente acechando a su incauta víctima. Busco a mí alrededor algo con lo que hacerle frente, y encuentro en un paragüero un bastón de paseo que aferro con todas mis fuerzas. Siento como las piernas me tiemblan y las palmas me sudan. Su presencia hace que todo tenga un aspecto tenebroso, malévolo. En la penumbra no puedo evitar tropezar con algo que cae al suelo armando un buen estropicio. Esto me delata y la bestia se vuelve lentamente y me encara. Me quedo inmóvil, aterrorizado. Ha dejado atrás su envoltura humana, y ya se muestra sin ambages como lo que es, una alimaña del inframundo. Me observa desdeñoso y una sonrisa irónica asoma en su espantoso rostro. Luego se gira de nuevo y me ignora. No me considera rival para él. Entonces experimento una nueva revelación, que me corrobora que ciertamente soy un enviado de las Alturas. En mi interior surge con diáfana nitidez una escalofriante certeza. Únicamente precisa una muerte más para completar el ciclo de su inmundicia y su poder será imparables. Y está tan cerca de ello que nada más le importa. Comprendo que he de reunir todo mi coraje para impedirselo antes de que sea demasiado tarde. No debo detenerme ante nada.

Pero cuando le veo saltar como si fuera un lobo hacia delante, sospecho que tal vez lo sea, y que puede que yo haya ya fallado. Grito de desesperación y me lanzó tras Él. Es ahora o nunca. No importa si vivo o muero. Debo pararle como sea...

No he podido alcanzar el baño. Ha caído sobre mí y apenas puedo defenderme de sus golpes, de sus mordiscos, de sus manos que me arañan con furia. Noto sus dedos hundirse en mis ojos y, aunque quiero gritar, no puedo, porque ya no tengo boca, ni nariz, ni pómulos. Mi pecho estalla en un mar de sangre, y siento que la consciencia me abandona. Mi último pensamiento es para mi pequeño. Que será de ti, mi amor. Qué será de ti sin mí. Quien podrá comprenderte. Quién lo entenderá. Mi pequeño. Mi dulce e indefenso pequeño.

Historia 345/0...

7 de septiembre de 200...

Paciente de 38 años, ingresado hace 2 meses tras sufrir una crisis aguda de esquizofrenia paranoide.

Tras la administración de la medicación pautada los síntomas remitieron, y dos semanas más tarde era dado de alta de la Unidad de Agudos y enviado a uno de los pabellones residenciales. Allí ha permanecido estable y orientado, con pensamiento coherente y sin problemas de adaptación. Pregunta reiteradamente por su madre. Quiere saber porqué no viene a visitarle. Le he citado para esta misma tarde. Le veré junto con el psicólogo. Creo que es hora de que sepa la verdad.

9 de septiembre de 200...

He tenido que ingresarle de nuevo en la Unidad de Agudos. Lleva dos días sin parar de chillar. Ninguno de los calmantes que le hemos dado hasta ahora ha resultado eficaz. Tengo muchas reservas a la hora de aumentar la dosis, pues la interacción con el resto de medicación que se le está suministrando puede resultar altamente peligrosa.

El Director del Centro me ha pedido que haga algo, dado que su estado está perturbando gravemente al resto de internados. Cómo explicarle que sus gritos no obedecen a ninguna patología clínica...

Y qué mayor locura que la de amar...¹

¹ **Nota del autor:** En un primer momento pensé rematar el relato con la frase de los grabados de Goya “El sueño de la Razón produce monstruos”. Luego decidí cambiar la frase por la que consta ahora. Sin embargo, no quiero dejar de hacer y compartir una reflexión que me surgió a raíz de este relato, y que es también el origen de su título. Si el sueño de la razón produce monstruos, ¿qué es lo que produce el sueño del corazón, de la solidaridad, de la humanidad, de la bondad?...